

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

DISCURSO PRONUNCIADO POR

D. Pedro Muguruza Otaño

El día 27 de abril de 1938, con motivo de su recepción,

SOBRE EL TEMA

SERVICIOS DEL PAÍS VASCO

A LA

ARQUITECTURA NACIONAL

Y

CONTESTACIÓN DEL

Excmo. Sr. D. Modesto López Otero

ACADÉMICO DE NÚMERO



MADRID

1942

SERVICIOS DEL PAÍS VASCO

                     A LA                     

ARQUITECTURA NACIONAL

*a mi sobrinillo, Josechu de Ugalde,  
caído por Dios y por España  
en la liberación de Oviedo.*

DISCURSO PARA

EL INGRESO EN

LA ACADEMIA DE

BELLAS ARTES DE

SAN FERNANDO

SERVICIOS DEL PAÍS VASCO

A LA

ARQUITECTURA NACIONAL

*Discurso leído en la Academia de Bellas Artes de San Fernando el día 1.º de Mayo de 1900 por don Fernando de Castro y Martínez de la Torre.*

DISCURSO PARA

EL INGRESO EN

LA ACADEMIA DE

BELLAS ARTES DE

SAN FERNANDO

*Recuerdo:*

*a mi sobrinillo, Josechu de Ugalde, caído por Dios y por España en la liberación de Oviedo.*

DEL  
SR. MUGURUZA



Sociedad Académica

En una tarde placida de junio marcho sobre la mesa una estrofa palmada el péñon de las tareas académicas; sin apenas sospecharlo, acababa de marcar el término de una vida para la Real Academia.

## DISCURSO

DEL

SR. MUGURUZA

Sobre la larga mesa de Juan Pineda se veían para estudio varios papeles; entre ellos, un discurso ritual de entrada en la Academia, en espera de respuesta.

Cuero días más... la guerra... el glorioso Movimiento Nacional hizo a España reconquistarse a sí misma. La épica magnitud de la tragedia reduce a términos microscópicos esos pequeños valores entonados anteriores. Y nada que se aparte del diálogo guerrero puede tener lugar de acción ni medios expresivos.

Tras algunos meses; conjugando las victorias de las armas con la gesta eterna de ganar la paz, viene a dar vida el Caudillo a nuestra Academia, con misión importante a la cultura en las tristes derivaciones de la guerra.

Y entrecruza la memoria, un tanto maltratada en variadas reclusiones, trata en vano de relatar aquel pobre discurso, dejado allí, en Madrid, para cumplir el rito del ingreso en la Academia. Era un discurso reducido a describir estudios realizados, para volver a su primer aspecto la casa que habitó Lope de Vega en la calle de Franco; era llevada a la Academia esta descripción como tema de discurso y, a la vez, como un verborrágico recuerdo de las últimas charlas, en que, relatando esas cosas y al pedaleo consuegro, añadía un poco las tristezas de un enfermo, cuya muerte dejó vacío el lugar que hoy vengo a ocupar, con bandes y reparo, al recordar que es el hijo del maestro.

Queda así mencionado don Manuel Zúñiga y Traversa, y habréis de perdonar que, tras de contar su nombre, haya ya todo innecesario.



Señores Académicos:

En una tarde plácida de junio marcó sobre la mesa una clásica palmada el término de las tareas académicas; sin apenas sospecharlo, acababa de marcar el conde de Romanos el término de una vida para la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Sobre la larga mesa de Juntas quedaban para estudio varios papeles; entre ellos, un discurso ritual, de entrada en la Academia, en espera de respuesta...

Unos días más... la guerra... el Glorioso Movimiento Nacional hace a España reconquistarse a sí misma. La épica magnitud de la tragedia reduce a términos microscópicos esos pequeños valores entendidos anteriores. Y nada que se aparte del diálogo guerrero puede tener lugar de acción ni medios expresivos.

Pasan algunos meses; conjugando las victorias de las armas con la gran tarea de ganar la paz, viene a dar vida el Caudillo a nuestra Academia, con misión importante a la cultura en las tristes derivaciones de la guerra.

Y entonces la memoria, un tanto maltratada en variadas reclusiones, trata en vano de rehacer aquel pobre discurso, dejado allá, en Madrid, para cumplir el rito del ingreso en la Academia. Era un discurso reducido a describir estudios realizados, para volver a su primer aspecto la casa que habitó Lope de Vega en la calle de Francos; era llevada a la Academia esta descripción como tema de discurso y, a la vez, como un sentimental recuerdo de las últimas charlas, en que, relatando esas obras y al pedirle consejo, animaba un poco las tristezas de un enfermo, cuya muerte dejó vacío el lugar que hoy vengo a ocupar, con timidez y reparo, al recordar que es el sitio del maestro.

Queda así mencionado don Manuel Zabala y Gallardo, y habréis de perdonar que, tras de mentar su nombre, libre de todo innecesario



aditamento, violente el académico ritual de elogio con mención minuciosa de méritos y honores, para cumplir así un formal imperativo de respeto a su modo de ser austero, refractario, en absoluto, a vanidades, alejado de honores, abstraído en su trabajo.

Y así también habréis de perdonar que, en lugar del rosario monótono de honores, señale netamente varios puntos esenciales en su vida, que sitúan, con más fuerza que cualquiera otra mención, su valor fundamental.

Vascongado y gallego de origen, por mitad; hijo menor de una familia en que predominan elementos militares, tenía don Manuel a gran orgullo la brillante condición que, en dicho estado, alcanzara en Africa su único hermano.

Apenas terminados sus estudios, ganaba el pensionado en Roma; su labor primorosa, conservada como ejemplar modelo en las colecciones de la Escuela, era reflejo fiel de una formación artística perfecta; al regresar a España, tuvo ocasión de destacar sus cualidades en una oposición a la Cátedra de composición de detalles decorativos y ornamentales, y en ella pudo hacer gala de sus excepcionales condiciones.

Tocaba a su término la oposición: en la paz de un aula, en el viejo caserón de la calle de Toledo, perfilaba los últimos detalles del postrer trabajo, en apacible compañía del rumor callejero y un poco pueblerino de los barrios bajos madrileños, que se entraba, con el sol, por el cuadro abierto de una vieja ventana conventual.

Era entonces también la guerra; pero entonces llegaban de Ultramar, con frecuencia dolorosa, noticias de derrotas y sacrificios estériles; y vino Dios en disponer que en aquella mañana no pudieran impedir los escolares que sonase en la calle y llegase al aula el voceo de un extraordinario con la muerte del general Zabala, caído con ejemplaridad cristiana, tras de luchar heroicamente en defensa de España.

Dejó don Manuel la oposición, perdió la Cátedra y fuese por reacción trascendental o por temperamento, es el caso que, a partir de entonces, su paso por la vida es una ejemplar trayectoria de trabajo, forjada en la renuncia de concesiones vanas. Se encierra en sus estudios y dedica su vida a la enseñanza de tan intenso modo, que en la Escuela marca su presencia un jalón fundamental, a tal extremo, que viene a ser su marcha de la enseñanza, en cierto modo, una línea que separa dos períodos escolares.

En su vida pedagógica hay un momento que define su manera y su sentido de renuncia: vacante la dirección de la Escuela, su nombre lleva en la mente de todos el lugar vacío, y, al llegar el momento de cubrirlo, van llenándose las papeletas todas de votación con el nombre de Zabala, a pesar de conocer su negativa.

Algo se barrunta don Manuel. Su sonrisa hace dudar y atrae a la

consulta a quien, filialmente, le consultaba siempre; y sabemos entonces que trae a prevención en el bolsillo la petición de su excedencia, para el caso de verse situado a la fuerza en un lugar que otros muchos envidiaban.

Hay dos fases diversas de nuestra técnica pedagógica; es una, la más asequible a quien enseña, de extender la línea premeditada de sus trascendentes teorías en un nivel uniforme, que resulta ser barrera más que cauce; difícil la otra, de exponer, sencillamente, una verdad pequeña al día y hacerla grata, y llevar a la mente del que aprende la idea de su clara utilidad, y engazarla en un sistema donde encuadren y se apliquen las restantes enseñanzas, con ritmo humano, provocando reacciones que permitan al ya casi vencido por la fatiga, gozarse y descansar en la ilusión de haber descubierto por sí mismo lo que no es más que una vieja verdad o una vulgar condición.

En este campo atrayente, de misionero, ejercitaba don Manuel sus disciplinas, dominándolas en tales ejercicios, porque las daba el calor humano de una vida y toda la fuerza persuasiva de su experiencia acogedora y paternal.

No se deja dominar de inquietudes ni impaciencias profesionales en su vida de arquitecto; limita su labor a un conjunto de obras perfectas, de prócer condición, situadas en la zona más bella de Madrid. Le llevan sus aficiones y sus estudios al cuidado de un conjunto de restauraciones monumentales, perfectamente ortodoxas, y así, para sólo citar la más típica del maestro, recordaremos que su mano cuidadosa trazó el plan que vino a convertir lo que era muladar ruinoso en el cuidado claustro de San Juan de los Reyes.

Su labor genial radica conjuntamente en la Junta facultativa de construcciones civiles, y en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando—quien ha vivido un ministerio viejo estilo sabe de sus rincones y encrucijas—, quien ha ejercitado la arquitectura oficial, sabe de la anarquía en que, para desgracia de una clase, se ha vivido; quien llegó a conocer los informes de don Manuel Zabala supo, para siempre, ponderar todo el valor técnico de sus dictámenes, todo el valor profético de sus consejos, que algún día habrán de recopilarse como cuerpo de doctrina portentoso, impecable.

Y así, su casa era lugar de constantes ocurrencias, en que siempre una duda encontraba cabal respuesta, y un problema, su acertada solución; en esa tarea patriarcal le sorprendió la muerte, rompiendo fácilmente un hilo, ya muy débil, de enlace con la vida.

Quedan ya lejanos, aunque eternamente vivos, aquellos recuerdos; más lejano aún, por accesorio, aquel discurso ocasional, y presentes ahora, en la realidad viva, las razones del Caudillo al dar, en primer lugar, nueva vida a la Academia y fijar en San Sebastián su lugar de residencia.

Otórgase al País Vasco, por tal merced, un contacto directo y

cordial con los centros que deben marcar rumbo y dar el tono al movimiento cultural de la nueva España; y, en semejante beneficio, se contiene un honor y se reconoce un derecho de continuidad de acción a la comarca en que es, ha sido y será tradicional virtud la de un constante servicio intelectual al acerbo de la Patria.

No precisa recurrir a zonas determinadas de nuestra historia nacional para hallar constancias de tal servicio; no precisa limitarse a nautas y guerreros, misioneros y colonizadores la prueba de tal contribución. Basta buscar una actividad cualquiera para hallar en el cauce de la misma una limpia trayectoria, clara y concluyente, marcada por elementos vascos a lo largo del territorio nacional.

En nuestras técnicas de las artes, en la nuestra especial de arquitectura, bordea contornos legendarios la relación de intervenciones primitivas de vascos y gallegos, en construcciones de murallas y ciudades, y sin entrar en el campo de la disputa entablada, impone la lógica admitir, como de cierto, que estas razas, encerradas contra el mar por los peñascos de una cordillera abrupta, hicieron de ella un medio de trabajo y pasaron a dominarla. Resultando lógico admitir que en este duro ejercicio salieran maestros de la cantera y llegara su asistencia a la meseta castellana en grandes núcleos, según cumplía el caso. La existencia de pueblos como Mingorria, de nombre vasco, cercanos por igual a la ciudad y a la cantera milenaria, dicen de su origen, de su razón de ser y hasta de sus males; haciendo veraz la afirmación que sitúa al navarro Alvar García en las obras de la catedral de Avila.

No resulta extraño encontrar en la penuria documental de tiempos remotos, aportaciones vascas concretamente definidas—basta señalar a Pedro de Pamplona, autor de la Biblia de Alfonso el Sabio, que atesora la catedral de Sevilla, para ver ya en el siglo XIII un comercio intelectual y artístico. Pero no ha de buscarse hasta fines del siglo XV la constancia eficaz de datos que comprueben nuestro aserto, pudiendo iniciar con Juan de Arandía (que trabaja en la iglesia de San Felipe, de Valladolid), una lista, mantenida ya constante, de artistas incorporados a la historia de la arquitectura española.

Los primeros años del siglo XVI ponen a nuestro alcance un artista que cumple destacar con valor fundamental en esta esquemática pintura.

Juan de Alava aparece en Plasencia hacia 1498, construyendo la catedral, y dentro de ella, su capilla mayor. Pasa en 1512 a Salamanca, a dictaminar sobre su catedral, juntamente con otros celebrados maestros.

En 1513 es llamado a Sevilla, junto también con otros alarifes, para examinar determinadas señales de ruina que alarman al cabildo, al que aconseja, y el cual nuevamente le llama en 1515 para examinar nuevos achaques que se apuntan en el cimborrio del templo. No ce-

den de Salamanca al artista, donde sigue destacando su valor en 1516 como maestro de la iglesia de San Agustín, haciendo la capilla mayor; en 1521 está empeñado en la tarea del magnífico claustro de Santiago; tres años más tarde, en la iglesia de San Esteban.

Es hombre definidor, culto, de singular pericia en su trabajo; gusta también de la crítica y en ella se ejercita, constanding que, hacia 1529, escribe un trascendental trabajo sobre la catedral de Segovia, que provoca diversas discusiones y obtiene la aprobación del maestro Alonso de Covarrubias.

Al mismo tiempo destaca Juan de Olózaga en la catedral de Huesca como arquitecto y como escultor, al hacer las dos series de figuras de su portada.

Se distingue luego Pedro de Azpeitia en Alhama, de Granada, en precedencia a Enrique de Egas.

Un año más tarde, Rodrigo de Espayarte trabaja, más como escultor que como alarife, en la catedral de Toledo.

No se reduce al territorio peninsular la actividad de los canteros vascos; descubierto el nuevo mundo, atrae su atención y su espíritu esforzado; y así resulta que, en 1510, se contratan Ortuño de Arteaga, Bretendon y otros cuatro vizcaínos para ir a la isla de Santo Domingo a realizar labor de cantería. Se sabe, igualmente, de otras muchas empresas parecidas, singularmente, de una realizada para Santa Fe.

Tampoco es la cantería el único empeño ni cuidado; Juan de Oñate, por ejemplo, trabaja diversos objetos de plata para la catedral de Sevilla.

A partir de aquí, la arquitectura nacional salpica las páginas de su historia con unos cuantos nombres vascos, que se hacen familiares. Y así aparecen, en sucesivos tiempos, Martín de Areche, en Utiel, y Diego de Magaña y Juan de Vidania, dirigiendo las obras de la iglesia parroquial de Santa María de la Concentaina. Pedro de Ibarra, en el Colegio Mayor de Santiago, de Salamanca, precediendo a Gil de Ontañón.

Martín de Gainza, en Sevilla, en la catedral primero, y luego, en el Hospital de la Sangre, precediendo a Martín de Valsarren; Diego de Mendieta, en la Cartuja de Miraflores, de Burgos; Juan de Goya, en varios servicios de arquitectura al secretario del emperador Carlos V, con Martín de Mendiola; Esteban de Obray, en Zaragoza; Juan de Vidania, en Valencia (con Alonso de Covarrubias), en el Monasterio de San Miguel de los Reyes. En Gijón, Nicolás de Urrutia; otro Juan de Arandía, en Toledo, en obras del Alcázar.

El hermano jesuita Domingo Beltrán, en los Colegios de Madrid y en Murcia.

Martín de Uriarte, en Simancas, con Alonso de Covarrubias.

Bartolomé de Elorza, en El Espinar. Juan de Celaya, en el Monasterio de San Zoilo, en Carrión de los Condes.

Pedro de Aguirre, en Cuenca, concluyendo el claustro de la catedral.

Y marcados quedan, en el curso de un siglo, los guiones y ejemplos más vulgares y esparcidos. La brevedad de exposición y la reducción de número no ha permitido discernir, a su través, con claridad, un proceso que regula semejante dispersión y que cumple señalar.

En el vaivén humano de grandeza y decadencia, las actividades fluyen allá donde se encuentra una nueva fuente de riqueza.

Se contrata así una obra de cantería, apoyándose su ajuste en recientes ejemplos, las más de las veces, aun sin terminar; se quiere la portada del palacio, la nave de la iglesia o el claustro monacal, de traza parecida a lo que vieron el señor, el obispo o el prior en reciente visita a sus respectivos amos y señores; y viene a cuidar de la obra nueva, con gran frecuencia, un maestro vascongado; resulta la obra honesta, placen los detalles; los plazos se han cumplido y las villas vecinas buscan para nuevas trazas, en el momento sucesivo de esplendor, a los mismos que cuidaron de lo que les agrada, resultando curioso de observar, cómo en torno a un maestro surgen los aprendices que destacan y esparcen, como en torno a la iglesia o al palacio crecen otras naves y otras fábricas, semejantes de trazas, de fórmulas iguales, que acusan comunidad de ideas, identidad de escuela, culminando el ejemplo en el máximo exponente de influencia vasca, y, por mejor decir, de personal intervención de vascongados en una obra cumbre de nuestra arquitectura: el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

Bajo las órdenes de don Juan de Herrera trabajan núcleos de canteros traídos de donde los hubiera, con tal de ser de excelente mano; se han elegido las canteras de más fina piedra, de grano más perfecto, huyendo de gabarros y coqueras; sin importar grandemente las distancias, pues se organiza la labor en los tajos de cantera; vienen así los aparejos ajustados, a hueso, para ser recibidos directamente en obra; precisa para esto gente experta y decidida, de inteligente resolución y de mano segura. Hay una lista de catorce maestros de aparejo; ocho de ellos son vascos; gallegos o serranos los restantes.

En San Martín de Valdeiglesias aparece como vecino un Pedro de Tolosa, ¿enviado por Herrera a dirigir el tajo de una cantera? Es posible: la piedra de San Martín es tan fina y más blanda que la segoviana. Lo cierto es que destaca la labor de este buen maestro en 1574, en las fundaciones del Monasterio; le distingue luego Felipe II en menciones de pláticas y recuerdos. Reemplaza a Herrera en ocasiones; de El Escorial pasa a Valladolid, y de allí, a Uclés, como maestro mayor, sucediéndole su hijo Alonso en 1583.

Parece cierta la influencia de Pedro de Tolosa, pues forma verda-

dera escuela; sus aprendices suben grados en saber y en jerarquía; entre ellos, Pedro Sarmiento de Gamboa, del que cuida el rey con especial afición, haciéndole seguir a Antonelli en sus estudios especiales, para enviarle, al fin, a América a realizar trabajos; otro es Pedro de Lizargárate, aparejador de las obras del Alcázar, de Madrid, que aparece más tarde en las del Pardo, y, finalmente, en Aranjuez. Es el hombre de confianza de Mora. En 1611, es maestro mayor en Uclés; a los dos años pasa al Alcázar, de Toledo. Y aunque se ha formado en la escuela de aprendices, Pedro de Lizargárate domina la teoría de su oficio, y se le encomienda censurar el Tratado de Palladio. Sería pueril empeño buscar exclusivamente en raíces temperamentales la semejanza de tan idénticos procesos de evolución. Todos siguen parejo itinerario, parecen formarse en una férrea disciplina y seguir un cauce previsto, ascendente, con docilidad en la orientación, con dureza en el caminar, tercios, constantes, haciendo honor en cada obra de su trabajo a los dictados de labor honesta y de buena hombría que en un discreto castellano se estampan sobre sus contratos de aprendizaje, donde incluso de padres a hijos se estipulan cláusulas de jerarquías, al tiempo mismo de adoptar los modos patriarcales de las auxiliares artesanías.

Y así, no es extraño ver salir un hombre tal vez tosco, con un nombre un poco extraño, de la secundaria labor del aparejo para ascender a maestro, a poco de pasar del nivel de la tierra la labra de los sillares, superándose al tiempo de este crecer, hasta cuidar de la obra entera en ausencia de su autor; para alcanzar el grado de maestro mayor no bien se remata el edificio, y ha de cesar su nombre en el padrón de lugar, por ser llamado a más urgentes menesteres, con tratamiento de V. E. y honores de arquitecto celebrado, de donde, a veces, le arrancarán llamadas apremiantes de consulta sobre tal o cual fábrica que un educado en otras escuelas o un enfatuado extranjero desorbitan, en peligros de ruina varia. Y así, no es único caso el de Lizaran, elevando al rey su señor un memorial, para decirle crudamente y demostrarle que los planes de Crescencio en el Panteón de Reyes, hacen eterna la labor, cuantioso el gasto y regalada la vida del autor extranjero y palaciego.

No es cuidado del presente instante el estudio de esos contratos de aprendizaje (verdaderos contratos de trabajo), fuente informativa y quizá orientadora en procesos sindicales, hoy tan en voga, como medio de encontrar dentro de nuestra más preciada tradición, inédita riqueza de organización social, ajustada a principios y practicada en formas que condujeron entonces a perfectos resultados.

No es moda ni personal favor la causa de tan destacada situación; parece serlo, más bien, la disciplinada estructura de estos grupos, y tal vez pueda tenerse por prueba de ello la continuidad de preponderancia de sus servicios durante el siglo XVII.

Así, Bernabé de Gabiria trabaja como escultor en Granada, y Juan de Gamboa, en El Escorial; Blas de Masabel, en la catedral de Córdoba, y Miguel de Zumárraga, en el cabildo de la catedral de Sevilla.

Juan de Tolosa continúa la tradición de su hermano Pedro en Medina del Campo. Martín de Uceta trabaja en la iglesia de San Nicolás, de Alicante.

Felipe Lázaro de Goiti actúa en Toledo, donde gana en oposición la maestría mayor de la santa iglesia catedral.

Luis de Arriaga, en Cuenca, donde hace la fachada del Consejo de Hacienda.

Fray Juan de Ascondo es famoso por sus obras en toda Castilla, alabado del propio don Ventura Rodríguez.

José de Uribe, Bastiqueta y Ondategui, en Burgos. En otro orden de ideas, en el terreno especulativo, ha de considerarse a Martín de Onderiz: es uno de los tres miembros de la Academia que Felipe II funda para progreso de las matemáticas y la arquitectura civil y militar; José Ignacio de Anzabaleta es un tratadista de matemáticas aplicadas a la arquitectura. En otro aspecto, Felipe de Goiti, autor de una de las primeras ordenanzas de construcción.

No permite el amplio campo que se abarca enfocar en detalle descripciones de pormenores, y ha de suplirse tal adolecer con llamadas de atención que sirvan a dejar bien precisadas cualidades generales y modos de formación.

Ha de destacarse, en primer término, cómo la disciplinada formación sirve a crear un ambiente de bien ganada confianza, cuyas consecuencias son la de convertir a Juan de Alava en consejero permanente, factor común de consulta en todo achaque grave; la de hacer que Alonso de Covarrubias recurra siempre a maestros vascos para perfeccionar sus concepciones, o situar a Pedro de Tolosa en plano de poder reemplazar a Herrera y platicar con el rey su señor sobre soluciones de trazas y aposentos; o confiar a Gil de Ontañón, a Gainza, o a Lasarte, o a Gamboa, sus numerosas obras; o merecer Miguel de Zumárraga ciega confianza del cabildo sevillano.

Es también característica la frecuencia de una tradición familiar, que perdura en el oficio a lo largo de diversas generaciones; así tenemos: los Urrutia, los Tolosa, los Iñarra, los Gamboa, los Berriz, los Vidal, los Ochandiano y los Vergara.

Finalmente, es peculiar otra fase que radica en la existencia preponderante de oficios especiales que afinan en contornos definidos, como es el caso de las ferrerías algoibarresas, donde se producen, entre 1620 y 1690, multitud de rejas y cancelas para varias iglesias y catedrales. Término de toda esta cadena habrá de ser una figura representativa que enlaza la tradición norteña con los nuevos modos

traídos por el nieto del absorbente Luis XIV, que han venido a influir, más que imponerse, a nuestros maestros mayores.

Juan de Sagarvinaga nace en Busturia, en 1710. Como tantos otros, sigue la tradición familiar, emparentado con los Ondategui. En el 1733 trabaja en Madrid y en Aranjuez; más tarde, lo encontramos en las obras de la catedral de Osma, terminando la torre, la fachada y la sacristía. De allí pasa a repetir análogo menester para la de Ciudad Rodrigo, donde construye, además, el seminario; su fama corre por todos los cabildos, y es primero el de la catedral de Oviedo quien le encarga el cuidado de hacer su retablo; luego, el de Salamanca, para edificar la sacristía, que dejara sin hacer don José de Churriguera; finalmente, el de Burgos, para terminar con un copioso ornato la obra de la capilla de Santa Tecla. Parece afincarse en Salamanca, al hacer también el palacio de Anaya, y termina la constancia de su actuación profesional en una estrecha y cordial colaboración con el gran don Ventura Rodríguez, en la interpretación de sus trazas para el cuartel de Medina del Campo.

Tanta insistencia en exponer cualidades y servicios pudiera parecer propósito de unilateral ponderación, y para desvirtuarlo, ha de decirse, aunque sea del modo más breve y por vía de ejemplo, que paralelamente a cada aportación personal resulta una influencia recíproca: influyendo la arquitectura local en el maestro tanto como éste pueda hacerlo en aquélla.

Así, tomando un hilo de la gran madeja escurialense, quizá pudiéramos anudar el cabo de la obra de aquel maestro que ataca en memorial a Crescencio con la de Lucas de Longa, que sale mozo de Mendaro, en busca de trabajo, y vuelve maestro cantero, una vez cumplida su tarea, formado en la austeridad de El Escorial.

Quizá por vía de descanso, o por acudir a expresa llamada, viene directamente a Elgoibar, donde le encargan e inicia la obra de la torre de la iglesia; y aunque no llegue a terminarla y caiga en manos de Ignacio de Ibero y de su hijo, es lo cierto que forma escuela y crea un tipo, repetido más tarde por Usurbil y en Bilbao, en Garay y Amorebieta, con matices y con variantes de sabor regional, con personalidad inconfundible, pero con una influencia clara y precisa de fórmulas y modos castellanos, con un sencillo enlace, con una trabazón nacional inconfundible; marcando un eslabón más, forjado con firmeza en la cadena retorcida y pintoresca de ese barroco español, inagotable, que baja de Santiago a Triana, en un derroche de varia riqueza, donde, insensiblemente, se pasa de la tosca dureza a la donosa travesura, con gran escándalo del caballero Pons, porfiador apóstol de la seriedad académica, que no acierta a ver en todo ello la fuerza creadora de una tradición común de norte a sur en toda España.

Por tradición se entiende la costumbre producida por transmisión



familiar, fijada como ley por una secular repetición de situaciones, formada en un criterio nacido de un modo de reaccionar. En el país vasco, la tradición se forma dentro de la continuidad nacional. La España Imperial significa en el país vasco un modo imperialista, y el auge de señores vascongados y el destello de personas relevantes recibe todo el honor de su brillo y su valía en la Corte de las Españas.

Viene a decirse en Sevilla esta oración por causa de un espíritu inquieto y peregrino que mueve al Instituto, ávido (por joven) de gustar una por una todas las fragancias del ambiente hispano y recrearse hoy en la delicia de este vergel que Dios se sirvió crear en humana bendición y un hombre de armas supo mantener para ser baluarte glorioso de tradición plétórica de vida. Quiere el sucederse de ingresos académicos hacer para suerte propia y padecimiento ajeno que suenen aquí estas palabras, que repiten una pequeña y vulgar lección de historia, cicatriz de errores contrapuestos con el recuerdo de gentes formadas en las brumas de unas grises cordilleras envueltas con girones de niebla de Loyola, vividas en macizos caserones de maderas oscuras con liquen y yedras sobre sus paredes y sillares, para fundirse y deslumbrarse en este mágico torrente de luz, diamante y oro sevillanos con el telón añil de su cielo, marco de apoteosis para la Giralda sonrosada, vibrante y luminosa como carne de mujer.

Y al tomar este lugar inmerecido en la Academia, habrá de ser ante el joyel insuperable de arte de Sevilla, salvado por milagros sobrehumanos, donde se afiance, con fuerza de juramento, la decisión rotunda de defender aquellos monumentos con todo cuanto pueda darse, de salvar aquel tesoro con cuanto sea dable hacer, con igual empeño que si se tratara de lograr la quimera de volver la vida a quienes la perdieron en su defensa.

## DISCURSO DE CONTESTACION DEL SR. LOPEZ OTERO

Señores académicos:

No es frecuente hablar en los estudios históricos de nuestra arquitectura los especiales que corresponden a las comunidades de aquellas agrupaciones ambulantes de maestros, oficiales y aprendices del mismo origen, con sus recetas que celosamente se guardaban y transmitían; sus reglas misteriosamente enseñadas; su protección dispensada en virtud de ocultas relaciones; con disciplina sorprendente y al servicio de una fe artística insuperable.

El presente discurso que acabamos de oír, es un buen ejemplo de esta clase de investigaciones. Es el estudio completo de la gran familia de arquitectos vascos, con su personalidad bien definida y su interesante intervención en las arquitecturas hispanas. Estos maestros vascos se nos presentan con todas las cualidades de la raza: aventura, afán, tenacidad; son como los navegantes, los conquistadores y los misioneros de aquella tierra, que por ser españoles, tanta gloria dieron a España.

Tales maestros y oficiales, en sus empresas por Castilla, por Andalucía, por Levante y por América, han influido con su carácter en el estilo del momento, dando firmeza al gótico isabelino y a la filigrana plateresca, precisión a la severidad herreriana, solidez a la fantasía barroca, gravedad a la elegancia neoclásica. Y ellas, a su vez,



Excelentísimos señores:

Señores académicos:

No es frecuente hallar en los estudios históricos de nuestra arquitectura los especiales que corresponden a las actividades de aquellas agrupaciones ambulantes de maestros, oficiales y aprendices del mismo origen, con sus recetas que celosamente se guardaban y transmitían; sus reglas misteriosamente enseñadas; su protección dispensada en virtud de ocultas relaciones; con disciplina sorprendente y al servicio de una fe artística insuperable.

El excelente discurso que acabamos de oír, es un buen ejemplo de esta clase de investigaciones. Es el estudio completo de la gran familia de arquitectos vascos, con su personalidad bien definida y su interesante intervención en las arquitecturas hispanas. Estos maestros vascos se nos presentan con todas las cualidades de la raza: aventura, afán, tenacidad; son como los navegantes, los conquistadores y los misioneros de aquella tierra, que por ser españoles, tanta gloria dieron a España.

Tales maestros y oficiales, en sus empresas por Castilla, por Andalucía, por Levante y por América, han influido con su carácter en el estilo del momento, dando firmeza al gótico isabelino y a la filigrana plateresca, precisión a la severidad herreriana, solidez a la fantasía barroca, gravedad a la elegancia neoclásica. Y ellas, a su vez,

han recibido del ambiente en que se desenvolvían, claridad, gracia y afinamiento, no abundantes en su sensibilidad, áspera y brumosa, como las montañas que la formaron.

Poco o nada puede agregarse a la bien estudiada serie de los grandes arquitectos vascos. Sin embargo, yo voy a añadir otra biografía; brevemente, porque el tiempo lo exige, aunque por su alta calidad mereciera ser más extensa: la del arquitecto Pedro Muguruza Otaño, vasco por estirpe y por carácter, pero con personalidad artística de hondo españolismo, semejante a la de los maestros que acaba de tratar.

Hace ya casi veinticinco años, cuando entré a ocupar mi cátedra en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, el maestro queriro a quien se ha rendido aquí justa alabanza, San Manuel Zabala, como le llamaban los discípulos para expresar asl dotes de su especial bondad, me hizo saber que entre mis futuros alumnos destacaba un muchacho vasco, a quien consideraba como el mejor dibujante que había pasado por la Escuela.

En efecto, no era exagerado el juicio del viejo profesor. Pero desconfiando de los prodigios, me dediqué a analizar con detenimiento las dotes del excepcional alumno, pudiendo bien pronto estimar que, si poseía facultades de destreza, realmente extraordinarias, en la expresión de las formas por el dibujo, no eran menores las del razonamiento y la imaginación. No era solamente un virtuoso hábil y sugestivo, sino un buen ordenador de la materia y un conocedor de las estructuras y de su realización. Es decir, había en él, además de un gran dibujante, un gran arquitecto.

Así lo demostró el joven académico de hoy, cuando a los veintidós años, una vez terminados sus estudios, comenzó su brillante vida profesional. Ha superado ya, en poco tiempo, a los maestros de sus biografías, en lo fecundo y en el vencer de nuevas dificultades. Porque el pintor y el escultor moderno tienen hoy ante sí casi los mismos problemas técnicos de todas las épocas y estilos. Pero el arquitecto de nuestros días ha de agregar a sus naturales preocupaciones estéticas, las más variadas cuestiones de índole mecánica, social y económica, cada día más intensas y distintas y siempre acuciado por las exigencias de intereses ajenos. Además, los maestros de la edad media y del Renacimiento se movían en el cuadro de un mismo estilo. Los arquitectos de hoy viven, o en el eclecticismo histórico, o en las inquietudes, anhelos y discusiones de la nueva arquitectura.

Ejemplo de diversidad en las empresas de un arquitecto de ahora, dichosamente logradas, es la relación de las obras realizadas por Muguruza: la gran estación de Francia en Barcelona, problema de circulación y disposición complicadas. La Casa de Correos de Murcia. La Casa de la Prensa en la Gran Vía de Madrid, con un programa complejo sobre un solar de forma ingrata, bellamente resuelta

en elegante arquitectura. Y numerosas casas particulares, siempre con el sello del buen gusto, entre las que merece destacarse aquella fachada de la plaza del poeta Rubén Darío de Madrid, con temas del plateresco complutense. Mil problemas diarios en fin, técnicos y profesionales, sobrándole aún recursos y aptitudes para emprender proyectos de urbanización como los de la playa de la Victoria de Cádiz, la de San Juan de Alicante y el ensanche de Fuenterrabía. Y alternando la penosa redacción de informes y peritajes, con la grata emoción creadora de los monumentos al Sagrado Corazón en Bilbao y a Gil Bruno de Zavala en Montevideo. Es también cumplida su labor en la actividad oficial. Como arquitecto de nuestras Academias, atiende a la conservación de sus edificios con acierto y diligencia. Suyas son las trazas de nuevo palacio para la de la Historia, de severa nobleza.

Interés particular ofrecen todas y cada una de estas obras que, en resumen, nos presentan a Muguruza como un arquitecto de fondo y formación clásica con una recia y noble modalidad, a la manera de nuestros maestros del segundo renacimiento: claridad en la composición, acierto en el juego de proporciones, pureza y corrección de perfiles, bien ordenada y apropiada ornamentación que tanto debe a sus condiciones de gran dibujante, permitiéndole sus facultades extraordinarias otras varias manifestaciones, que no modifican aquella característica, nunca abandonada ni aun en sus incursiones por el campo de las novísimas doctrinas.

El éxito de la nueva disposición del Museo del Prado, se debe en buena parte a su colaboración. El ha sabido dar, con tonos y líneas, fondo adecuado a la maravillosa pinacoteca, resucitando y restaurando, con respeto y devoción, el espíritu de la obra de Juan de Villanueva, estancias y galerías, que aparecen hoy desmanteladas por la mayor expoliación que haya padecido pueblo civilizado.

Las preocupaciones y fatigas profesionales diarias tienen, algunas veces, dichosa compensación: es cuando se encomienda a nuestro cuidado y vigilancia un viejo monumento. Supone un goce incomparable situarse en el lugar del maestro que lo creara, transportarse a su ambiente e investigar, al mismo tiempo, purezas e influencia, escudriñando, para utilizarlos, sus mismos recursos técnicos; tratar, en fin, celosamente, de continuar y a veces de salvar, la vida del monumento que se nos confía. Esta clase de satisfacciones para su alma de artista las ha experimentado Muguruza en la conservación de la Cartuja del Pualar, de la Cartuja de Miraflores y de otros monumentos entregados a su excelente competencia de restaurador, dentro de la buena doctrina.

Monumento nacional y de alta categoría es la Casa de Lope de Vega, que la feliz iniciativa de la Real Academia Española, sin más antecedente que la certeza de su autenticidad, le confió para volver-

la a su primitivo estado. Deliciosas horas las empleadas en encontrar la distribución de aquellas salas y cuartos donde el «Fénix» escribió y murió; en descubrir los primitivos paramentos de ladrillo y el gracioso alero de la fachada; en colocar el curioso dintel, donde grabó la ingeniosa inscripción «magna aliena parva», «parva propria magna». Y sobre todo, en poseer las huellas y volver a trazar el minúsculo jardín, que el poeta cantó como uno de sus grandes amores. Esta restauración de la Casa de Lope, objeto de malogrado discurso académico, es un modelo de comprensión y respeto al carácter de una vivienda histórica.

Así pudiera continuar, señores académicos, relatando la carrera artística de Muguruza, breve por los años transcurridos, larga por sus obras, capaces de llenar una dilatada vida de arquitecto. Pero no puedo menos de destacar un aspecto de su actividad fuera de España.

En ocasión semejante a la presente, estudiaba yo una manifestación de moderna arquitectura de índole tradicionalista, muy interesante. Al mismo tiempo que los arquitectos alemanes buscaban afanosamente la fórmula de una nueva arquitectura, los arquitectos norteamericanos trataban de desarrollar un nacionalismo basado en dos modalidades: una, la fría y correcta del estilo colonial inglés, en el Este; otra, la cálida y jugosa del Oeste: la del llamado «estilo misiones».

Estas misiones eran, como sabéis, aquellas agrupaciones de abnegados religiosos españoles, conjuntos curiosos de templo, convento, granja y escuela, donde se resume la portentosa obra civilizadora de España y que se extendían en cadena por la costa de California hasta San Francisco, y por Nuevo Méjico y Arizona. La arquitectura de estas misiones es la manifestación popular, ingenua y cruda del barroco de Nueva España, de progeñie andaluza. Maestros poco iniciados, usando la mano de obra india, trazaron y edificaron aquellas arquitecturas torpes y simples, pero vigorosamente expresivas.

Los arquitectos californianos y los de la Escuela de Boston, fueron los primeros en estudiarlos con minuciosidad científica, elevándolos a la categoría de estilo al ampliar su visión a los demás edificios virreinales. Este verdadero análisis y su aplicación a soluciones modernas, dió como resultado una adaptación llena de perfecciones técnicas, con medios y procedimientos de ejecución envidiables, pero fría por lo correcta, inexpresiva por lo teorizada, fruto del estudio, que no del sentimiento.

Difícil problema en arquitectura es interpretar y consiguientemente adaptar un estilo o una fase concreta de un estilo. Ha de seguirse un complicado proceso, que tiene tanto de intelectual como de emotivo. Los arquitectos norteamericanos pudieron dominar lo primero, pero para lo segundo, es decir, para crear formas expresivas

afines al origen, se precisa sentir las previamente, y eso sólo puede lograrlo una sensibilidad de naturaleza idéntica a la del origen mismo.

Sugería yo en la citada ocasión la necesidad de llevar a cabo una interpretación española del estilo misional, e invitaba a maestros jóvenes arquitectos a realizar tal empresa. Casi al mismo tiempo, Pedro Muguruza la llevó a cabo cumplidamente, trazando los proyectos del Hotel Alba de Palm-Beach, en la Florida, y los de las residencias de Mr. Harriman en Port-Washington y de Mr. Georges Moore, en California.

Apoyóse en la solera del estilo: el cortijo andaluz, de donde procede la misión californiana. Ambos tienen el mismo origen: el latifundio, que supone una planta de abundante y variadísimo programa, resuelto por idéntico sistema. Usó nuestro arquitecto, hábil y sentidamente, para aquellas residencias, los elementos del cortijo, resultando un nuevo aspecto más legítimo de la adaptación misional, con la movida silueta deducida del juego de volúmenes que surgen de la heterogeneidad de la planta; de la torre escalonada del molino, de la graciosa espadaña y del gran portalón; del contraste entre los continuos paramentos y la ornamentación cencentrada, y entre el blanco deslumbrante del conjunto (realizado por las líneas de ladrillo y las zonas de cerámica), con los profundos oscuros de los huecos, de sencilla forma.

Sobre las rígidas interpretaciones de los arquitectos bostonianos, triunfó la cálida y expresiva de este arquitecto vasco, que supo sentir y asimilar la poesía, la gracia y la nobleza del cortijo andaluz, lo mismo que los maestros que nos han descrito, lo hicieron en otros tiempos con otras arquitecturas ajenas a su formación; prueba patente ésta, como otras muchas, de que los españoles somos unos, por naturaleza y sentimientos.

Aptitudes artísticas naturales tan prodigiosas, puestas al servicio de una gran voluntad y acompañando al dominio, cada día creciente, de la técnica constructiva, no podrían dejar de utilizarse en la disciplina docente. Y así ha sido, en efecto, ya que pocos años después de su salida como alumno de la Escuela de Madrid, volvió Muguruza a entrar como profesor, después de brillantes oposiciones. La tarea pedagógica, desarrollada con singular acierto durante mucho tiempo y en malhora interrumpida, volverá muy pronto a continuarse para bien de nuestra enseñanza.

Tiene él, como yo, numerosos discípulos, unos todavía estudiantes, ya compañeros otros. La mayor parte luchan en los presentes momentos en las gloriosas filas del Caudillo. En esta solemnidad académica, que es en parte fiesta de la Arquitectura española, porque en ella se consagra oficial y solemnemente uno de sus grandes prestigios, dediquemos un emocionado recuerdo a los que de aquellos discípulos han caído, y a los que honran como soldados nuestra pro-



fesión. Y cuando, después de la victoria, vuelvan a reanudar su trabajo interrumpido por la defensa de la Patria, para colaborar en la formación de una España magnífica, deberán fijarse, al continuar su vida de buenos españoles que como héroes han comenzado, en el ejemplo de la activa e inteligente de este gran arquitecto, su maestro y camarada, a quien hoy recibe con admiración y cariño la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

